



La construcción de la comunidad como experiencia espiritual

Fray Alberto Escallada Tijero, OP

Esquema:

- **Introducción**
- **1.- Alcance y límites de una reflexión sobre este asunto**
 - 1.1. En el contexto general de cambio: *una* modalidad
 - 1.2. En dependencia del *carisma específico*
- **2.- Perspectiva de arriba a abajo: analogados mayores, y su influjo**
 - 2.1. La Santísima Trinidad
 - a) Trinitariedad y humanidad
 - b) Humanidad y lo relacional o comunal
 - c) Experiencia de lo divino, experiencia del otro. La diversidad
 - 2.2. La Iglesia
 - a) Comunidad eclesial y Verdad
 - b) Comunidad: legado de Cristo
 - c) Iglesia carismática
- **3.- Perspectiva de abajo a arriba: condiciones de posibilidad**
 - 3.1. Lo teologal y espiritual de la comunidad, condicionado por lo afectivo
 - 3.2. Mundo actual y afectividad
 - a) Traumas afectivos y posibilidad de vida común
 - b) Las rehabilitaciones afectivas: viabilidad, habilidad
- **4.- Lo que cabe esperar**
 - 4.1. El combate espiritual y la oración de intercesión
 - 4.2. Algunas actitudes para una espiritualidad de la fraternidad
- **Concluyendo**
- **Bibliografía**
- **Cuestiones para el diálogo**

Introducción

La extensión prevista para el planteamiento contenido en el título obliga a una exposición breve, casi lacónica. Apenas es posible rebasar el delineamiento de algunas cuestiones (no todas) subyacentes a cada apartado que nos proponemos. Con todo, *lo deseable* es que queden aquí sugeridos los temas para reflexión y debate en las comunidades. Y *el éxito* vendrá determinado por el efecto del debate mismo. Ojalá sea él ya, como una hilera más de piedras vivas en la construcción enunciada.



1. Alcance y límites de una reflexión sobre este asunto

Una triple fidelidad se requería en *Perfectae Caritatis* (PC) al proponer la renovación de la vida religiosa: fidelidad a las fuentes de toda vida cristiana, fidelidad a la primitiva inspiración de los Institutos, y fidelidad a las diversas condiciones de los tiempos¹. O sea, fidelidad a la *historia ya hecha* y a la *historia que se está haciendo*. Es el inexcusable tributo a la encarnación, primera ley de todo lo cristiano. Así como Cristo no encarnó un tipo abstracto de humanidad o de hombre, sino que, como todos, perteneció a una raza, pueblo, familia y momento cultural, así también ni la Iglesia ni la vida consagrada pueden ser abstraídas por encima de los seres humanos, sino sentirse una y otra en medio de ellos, y en dependencia de sus respectivas condiciones de toda índole². Esto supone, ante todo, reconocer y asumir ciertos límites en nuestro intento.

1.1. En el contexto general de cambio: *una modalidad*

A partir de la conocida, útil, controvertida y siempre revisable y puntualizable simplificación metodológica de las imágenes griega y judía sobre la concepción del tiempo (la circunferencia y la recta, respectivamente, o sea, un tiempo eternamente repetido e idéntico a sí mismo o abierto al futuro, a lo nuevo), se ha solido concluir que la imagen más certera, por ser la más adecuada a la realidad, sería la que supone como inseparables un sustrato inmutable y una sucesión irreversible³. En la reflexión teológica esta característica vendría a hacer reduplicativa la perenne tarea que a ella le corresponde de mirar simultáneamente al pasado, al presente y, hasta donde sea posible, al futuro.

No es, ni puede ser, ajena a este condicionamiento la vertiente espiritual de la vida común de la que aquí tratamos. Pero al punto de vista de la espiritualidad, creo, más que a cualquier otro, se le debe exigir, como condición especial, la de hacer un acopio cumulativo de cuantos bagajes y tendencias se suceden en el discurrir del acontecer. Mientras que en otros ámbitos hay adquisiciones nuevas que, sin más, hacen caduco y rechazable lo pretérito, en la espiritualidad se progresa por adición, no por sustitución. El odre viejo no puede contener el vino nuevo, es verdad (cf. Mc 2,22-23); pero la riqueza del espíritu es mucho más que sólo reciente contenido para un viejo continente. O, dicho de otro modo, es contenido que no rompe, sino que enriquece el tesoro del prudente padre de familia (cf. Mt 13,51-52). Las experiencias espirituales profundas no pierden nunca vigencia ni frescura. Por ilustrar esto con un ejemplo tomado del propio terreno, las innumerables ediciones, antiguas y recientes, de los *Apophthegmata Patrum*⁴,

¹ Cf. PC 2

² Cf. K. D. Schmidt, *Grundriss der Kirchengeschichte* (Maguncia 1990) 15. Una cerrada y encendida defensa de estos aspectos de la encarnación, por lo que se refiere a Jesús de Nazaret, puede verse en Jean-Marie Lustiger, *La elección de Dios* (Barcelona 1989) 56 ss, sobre todo 58.

³ Cf. ÉTIENNE KLEIN, *Las tácticas de Cronos* (Madrid 2005) 63 ss.

⁴ Así, p. ej., *Les sentences des Pères du désert. Collection alphabétique* (Solesmes 1981); *Las Sentencias de los Padres del Desierto. Los Apotegmas de los Padres* (Recensión de Pelagio y Juan) (Bilbao 1988); *Vida y dichos de los Padres del desierto* (Bilbao 1994);



bajo nombres y presentaciones de lo más variopinto pueden ser exponente que lo ponen de manifiesto. En la experiencia espiritual van decantándose las mejores esencias de los sucesivos aportes sin que ninguna quede del todo obsoleta; a lo más, retocada o matizada. Procuraremos aquí hacernos cargo de las que juzgamos más importantes y estables.

1.2. En dependencia del carisma específico

En éste, igual que en cualquier otro argumento relativo a la vida consagrada, lo que se puede decir *en general* acerca de la comunidad, está fuertemente mediatizado en sentido restrictivo por la diversidad de los modos de vida de las instituciones. Como ya cabría esperar *a priori*, es algo que no puede quedar al margen de la diversidad de los respectivos carismas. Lo válido para el común es bastante poco. Qué duda cabe que, a modo de ejemplo, en determinadas formas de vida religiosa apenas sería posible, dada su peculiar forma de vida comunitaria, poner en práctica lo enseñado en un importante documento de la Iglesia y con toda ella como destinataria: «Se pide a las personas consagradas -se lee en *Vita Consecrata* (VC)- que sean verdaderamente expertas en comunión, y que vivan la respectiva espiritualidad como testigos y artífices de aquel proyecto de comunión que constituye la cima de la historia del hombre según Dios»⁵. La verificación que lo confirma se concreta en el sonar a cosa ajena ciertas cosas que se leen u oyen acerca de la comunidad, las cuales son -sí- en sí mismas gratificantes y que como tales se perciben, pero que a uno 'no le van'.

Por lo que se refiere a la vida dominicana de la que aquí hablamos, la comunidad realmente existente y ejerciente como tal, es una tarea; auténtica 'construcción', como reza nuestro título. Es fruto de un esforzado empeño. Siendo verdad que la orientación, 'cantidad' y 'calidad' de la vida común pueden ser muy variadas, como hemos dicho, en diversos Institutos, siempre y en todos estará implicado el quehacer de sus integrantes. No es exagerado decir que, en la experiencia religiosa dominicana, habrá de 'vida común' lo que resulte de la suma de las aportaciones personales hechas por los miembros del grupo, tanto en capacidad y aptitud para ella como en toda clase de valores comunitarios.

Por razón semejante, en la *fraternitas* dominicana la 'animación comunitaria' de que se suele hablar, no puede ni debe ser monopolizada por nadie (persona o grupo) en particular. Es responsabilidad de todos y cada uno de los miembros de la comunidad. Es oportuno, por lo demás, recordar que "comunidad y obediencia" eran términos de la fórmula de profesión primitiva de la Orden⁶.

Deti e fatti dei padri del deserto (Milano 2000); Weisung der Väter. Apophthegmata Patrum (Freiburg i. Br. 2002); The Desert Fathers. Sayings of the Early Christian Monks (London 2003), etc.

⁵ VC 46a

⁶ LCO 17 §I. "La configuración de la Orden, en cuanto sociedad religiosa, proviene de su misión y de la comunión fraterna": *id.* 1 §VI.



E insistiendo en la misma razón, nos parece oportuno repetir algo sobre lo que en otra ocasión ya hemos expresado nuestro modo de pensar⁷. Siendo, de suyo y en abstracto, aceptable la distinción que se hace en *Congregavit nos in unum Christi amor*⁸ (CN), entre 'vida común' y 'vida común y fraterna', cuando de la vida de comunidad en la Orden se trata, se ha de notar que, o es *vida-común-y-fraterna* o, sin más, no es vida común dominicana.

2. Perspectiva de arriba a abajo: analogados mayores, y su influjo

El procedimiento argumental analógico, tan propio de la teología, anhela siempre escalar cotas cuanto más altas mejor, para dotar de la mayor solidez a sus razonamientos, enraizándolos cuando es posible, en lo más profundo del misterio divino y su revelación. Fiel a este criterio, la clave teológica de la vida común dominicana podemos decir que se asienta fundamentalmente en los misterios de la Santísima Trinidad y de la Iglesia. Obviamente, si en algo debe proyectarse ese proceder teológico debe ser, antes que en cualquier otro aspecto, en la espiritualidad.

2.1. La Santísima Trinidad

El supremo analogado de la vida comunitaria se halla en la vida íntima de Dios. Decir Trinidad es un modo de decir "Dios hacia adentro (*ad intra*)", "Dios en lo más íntimo de su ser", "Dios en su vida íntima", que es lo que se contrapone a decir "Dios hacia afuera (*ad extra*)", "Dios en sus planes o proyectos", "Dios para nosotros". Uno y otro modo de hablar de Dios son, respectivamente, el Dios *teológico* y el Dios *económico* en terminología de la teología oriental.

a) TRINITARIEDAD Y HUMANIDAD

Los Padres han solido subrayar que cuanto conocemos del vivir íntimo de Dios, se ha presentado en la revelación en contexto de su actuar en favor nuestro (o sea, la *teología* se ha expresado en la *economía* divina). El Padre, la Idea por él engendrada (es decir, el Verbo o Hijo), y el Espíritu Santo (o sea, el amor mutuo y único que procede de ambos), son seres personales, perfectos, distintos entre sí por serlo las relaciones que los vinculan, pero una única naturaleza divina: tres personas y un solo Dios⁹. Es decir, que, sin dejar de ser uno, Dios es, al mismo tiempo en sus divinas personas, relacional, comunional; en una palabra: comunidad. Es una realidad

⁷ Ver ALBERTO ESCALLADA TIJERO OP, *Sobre el sentido de la formación permanente para la vida religiosa*, en "Ciencia Tomista" 128 (2001) 470, n.62.

⁸ De la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, 2 feb. 1994, nn 3 y 10c.

⁹ Cf. HANS CHRISTIAN SCHMIDBAUR, *Personarum Trinitas. Die trinitarische Gotteslehre des heiligen Thomas von Aquin* (St. Ottilien 1995) 387-446. Ver A. Cozzi, *Il «Filioque» alla luce del principio di reciprocità. L'esigenza di «riconcettualizzare» la dottrina trinitaria*, en "Teologia" 29 (2004) 43-72; Concilio de Florencia (1439): DENZ.-HÜNER., 1301; Agustín, *De Trinitate* 6,11: PL 42,931-932; ST 1,30,4. Sobre la proyección práctica del misterio de la Santísima Trinidad, puede verse GIBBERT GRESHAKE, *Creer en el Dios uno y trino. Una clave para entenderlo* (Santander 2002)



comunicativa que está en permanente intercambio, del cual el resultado es, a un mismo tiempo, la diferencia y la mutua compenetración.

Puesto que Dios es fundamento de toda realidad, y sobre todo del hombre, imagen y semejanza suya, la relación y la comunión son también íntimas al hombre. Sabemos que la personalidad es un movimiento de la persona entera en su relación consigo misma, con los otros y con las cosas. Es la persona expresándose ante los otros, existiendo *con* y *para* los otros tanto como para sí mismo. Esto supuesto, el *ser* y el *realizarse* del hombre, por cuanto a su exigencia de apertura a la comunidad se refiere, no puede argumentarse teológicamente de forma más sólida y profunda que desde Dios-Trinidad. O, dicho de otro modo, desde Dios no se nos pudo manifestar todo esto de modo más elevado que revelándose a nosotros como Trinidad.

Una experiencia espiritual notable del misterio de la Santísima Trinidad ha sido la de la carmelita, beata Isabel de la Trinidad. En la última oración de su retiro de agosto de 1906, consagrado a encontrar «el cielo en la fe», escribió sor Isabel: «En el cielo, cada alma es una alabanza de gloria al Padre, al Verbo, al Espíritu Santo, porque cada alma está fijada en el puro amor y no vive ya de su vida propia, sino de la vida de Dios. Entonces ella lo conoce, dice san Pablo, como es conocida por él. (...) Una alabanza de gloria es un alma que permanece en Dios, que lo ama con amor puro y desinteresado, sin buscarse a sí misma en la dulzura de ese amor...(...). Ahora bien, ¿cómo desear y querer efectivamente el bien a Dios, sino cumpliendo su voluntad, puesto que esta voluntad ordena todas las cosas para su mayor gloria? Así pues, esta alma debe entregarse a esa voluntad plena, ardientemente, hasta no poder querer ya otra cosa que la que Dios quiere»¹⁰. Estamos ante una hermosa y elevada manera de arraigar la existencia humana en la vida de Dios.

b) HUMANIDAD Y LO RELACIONAL O COMUNIONAL

Y, ¿qué es lo que Dios quiere? Conviene tener presente que también las expresiones espirituales, por subidas que sean -o quizá tanto más, cuanto más subidas son- podrían, por pérdida de encarnación, alejar a sus usuarios del concreto proyecto de Cristo. Por eso, dejando a un lado muchas disquisiciones que sería oportuno hacer, en la vida consagrada se hace imprescindible recordar que «el hermano y la hermana se convierten en sacramento de Cristo y del encuentro con Dios, posibilidad concreta y, más todavía, necesidad insustituible para poder vivir el *mandamiento del amor mutuo y por tanto la comunión trinitaria*»¹¹. Toda la Ley y los profetas, enseñó Jesús, se resumen en el cumplimiento del mandamiento del amor. Y la prueba más fehaciente de amor a Dios sólo es verificable en el amor al prójimo. Como es obvio, el primero y más exigente ámbito de *proximidad* para los componentes de una colectividad de consagrados es la propia comunidad, según uno de los criterios del orden que debe observarse en la caridad, al decir de santo Tomás¹².

¹⁰ Cf. CONRAD DE MEESTER OCD, *Elisabeth de la Trinité. Oeuvres complètes I/A* (París 1985) 93

¹¹ *Caminar desde Cristo* (CC) 29b. Merece gran atención en este texto la yuxtaposición de *comunión trinitaria* y *mandamiento del amor mutuo*, y la traducción de la una en el otro. Se trata de desterrar el desencarnado y etéreo *vago afecto*, como lo hace, ejemplar y paradigmáticamente respecto a la comunión jerárquica, la *Nota explicativa previa* de LG, 2^ac.

¹² ST 2-2, 26, 7. Ver *Act. Cap. Gral.*(Cracovia 2004), n. 216ss



Correlativamente, por tanto, a lo que decíamos más arriba, el modo más práctico y encarnado de vivir la inserción en el misterio trinitario es la experiencia de vida comunitaria.

c) EXPERIENCIA DE LO DIVINO, EXPERIENCIA DEL OTRO. LA DIVERSIDAD

Una secuela notable de esta ejemplaridad trinitaria debe ser la función unidora, que no uniformizante, de la comunión. Función que se atribuye, decíamos, a la persona del Espíritu Santo. Como se expresa en la fórmula conclusiva de las oraciones, el Hijo «...vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo...», permaneciendo aquéllos, sin embargo, personas distintas. (Por cierto, el sentido profundo de esta confesión se pierde frecuentemente al transformarla en un intento de, al parecer, subrayar la idea de compañía o acompañamiento: “que contigo y con el Espíritu Santo...”, u otras semejantes. Permítasenos sugerir que no es fácil tarea la de mejorar las fórmulas consagradas por tan larga tradición, y sancionadas por tan amplia fe). Las funciones de unir y diversificar, aparentemente contradictorias, cualifican el contraste de las acciones del Espíritu. La diversidad y multiplicidad, son características inherentes a la presencia del Espíritu, que en su actuar *ad extra* dará lugar a la variedad de dones, frutos y carismas.

Un pequeño trasunto dominicano de esto: Ya en los inicios de la Orden, cuando la ley aspiraba a que la uniformidad exterior propulsara la unidad interior, Humberto de Romans, el gran maestro de la vida dominicana afirmaba, entre explicándolo y lamentándolo, que en la Orden no estaba la uniformidad a la altura de su unidad. Bien es verdad que reconocería que «en algunas cosas no conviene tal uniformidad. Porque, viviendo entre los hombres, es mejor en algunas cosas conformarse a ellos que mantener la unidad»¹³. Afortunadamente, la Orden nunca dedicó excesivo tiempo a prescribir e imponer esa completa uniformidad exterior. Habiendo mantenido siempre inviolablemente su unidad, se sigue invitando a que «con sus prescripciones se provea a la necesaria unidad de la Orden, sin excluir la necesaria diversidad»¹⁴.

2.2. La Iglesia

Otro analogado, subordinado al primero y fundamental pero más próximo a nosotros, y mediación de Dios-Trinidad, es la Iglesia. Configurada con las personas divinas, según enseña la Constitución *Lumen Gentium*¹⁵, ella es también comunidad¹⁶. «Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno” (Hch 2, 44-45). Lucas nos relata esto relacionándolo con una especie de definición de la Iglesia»¹⁷.

¹³ *Opera de Vita Regulari : Exp. super Const.*, ed J.-J. Berthier, II (Romae 1889) 4

¹⁴ LCO 1 §IX

¹⁵ LG 2-4

¹⁶ De *_κ-καλέω, _κκλησία* es el resultado de una convocatoria (la asamblea, la comunidad).

¹⁷ *Deus Caritas Est* 20



a) COMUNIDAD ECLESIAL Y VERDAD

Como no puede ser de otra manera, tampoco de la vida común se puede decir nada hablando dominicanamente, aislándola completamente de los demás elementos de nuestro carisma (consagración, oración, verdad, observancia), según hace sobreentender la advertencia del «sólidamente trabados entre sí» de la Constitución Fundamental¹⁸, cuando caracteriza a los susodichos elementos. Es preciso ver brotando de la *pasión por la verdad*, de la autenticidad, la exigencia de vida común, como ponemos de manifiesto en el párrafo que sigue.

Por exigencia de una elemental veracidad y coherencia, manda la Constitución dominicana, al hablar de la vida común¹⁹, que «los frailes... edifiquen *primero* en su propio convento esa Iglesia de Dios, que mediante su trabajo han de extender por el mundo». Es decir, se entiende que la Constitución Dominicana hace equivalente aquí la vida comunitaria a la edificación de la Iglesia. Y le parece obvio que la eclesialidad, o sea la comunidad, debe ser vivida por cada fraile *antes* que propuesta o predicada a los demás.

Pero aún habrá una razón más fuerte para consolidar la relación comunidad-verdad. No la que relaciona entre sí estos dos elementos, sino la que procede de la subordinación y funcionalidad de ambos en orden a la *misión*, que es razón de ser de toda la vida dominicana, según lo formula la Constitución Fundamental²⁰. En *Evangelii Nuntiandi* (EN), hay una vibrante llamada a la veracidad como condición indispensable para la acción evangelizadora. Se trata de comprobar si lo que hay en la mente (conocido o creído), lo propuesto en la predicación y lo vivido, es lo mismo, o si por el contrario se vive en la incoherencia y la mentira²¹. Si el fin de la evangelización es la consecución y construcción de comunidades eucarísticas, y si el ejemplo es requisito primordial de toda evangelización, ésta exigirá que el evangelizador viva la inserción en una comunidad, y que sea desde ella como evangelice.

b) COMUNIDAD: LEGADO DE CRISTO

Encontramos en *Caminar desde Cristo* (CC) un texto que nos debe hacer reflexionar: Si «la vida espiritual debe ocupar el primer lugar en el programa de las Familias de vida consagrada»²² deberá ser ante todo una espiritualidad de comunión, como corresponde al momento presente: «Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del 'Designio de Dios', 'respuesta a las esperanzas del mundo', están bien. Pero siempre en un intento de ceñirnos a la encarnación, hemos de afirmar que, ante todo, *la comunión es legado de Cristo*. Es lo que él deja en herencia y lo que queda tras su paso efímero por el mundo. Una comunidad, los once, que van a ser y a

¹⁸ LCO 1 §IV

¹⁹ LCO 3 §II

²⁰ §§I a VIII

²¹ EN 76b. Es, en nuestra opinión, el ápice de toda la Exhortación.

²² CC 28a



sentirse enviados. Son el germen de la Iglesia cuya expansión relata el libro de los Hechos. Y es precisamente la vida de los Apóstoles lo determinadamente intentado imitar por Domingo, como señala nuestra Constitución²³.

c) IGLESIA CARISMÁTICA

Una consecuencia de la configuración de la Iglesia con el Espíritu Santo es su carácter carismático. Con la misma legitimidad que jerárquica, la Iglesia es carismática. Ello supone una presencia y una acción del Espíritu, que es siempre “el que hace vivir”²⁴. Los carismas son, pues, en los diversos órdenes de su múltiple razón de ser, portadores de vida. Como ha descrito la Iglesia ellos son «una experiencia del Espíritu legada por los Fundadores a sus discípulos para ser por ellos vivida, custodiada, profundizada y desarrollada, en sintonía con el Cuerpo de Cristo, en crecimiento perenne»²⁵. La comunidad es, pues, elemento indispensable de la vida (= del carisma) en dominicano.

Con gran sencillez propone la Constitución Fundamental OP en qué consiste la vida propia de la Orden, o sea, la vida dominicana (= el carisma dominicano)²⁶, uno de cuyos elementos es la vida común, enumerado en primer lugar como primero y como *primario*.

También, por asumirse para ser vivido, el carisma es objeto de identificación y principio de identidad. Lo es para un dominico, por tanto, en la parte que le toca, la comunidad. Refiriéndonos a los rasgos del carisma, la *pertenencia* nos parece un término muy inadecuado. O dice demasiado, o muy poco. Es más exacta la terminología que habla de identidad e identificación.

3. Perspectiva de abajo a arriba: condiciones de posibilidad

La que hemos denominado perspectiva de arriba a abajo (o descendente) no es suficiente para suponer configurada la espiritualidad de la comunidad. La conexión naturaleza-gracia no puede ser nunca ni olvidada ni preterida. Como cualquier referencia al misterio, a lo sobrenatural, no se sustente en el adecuado soporte natural, se estará haciendo imposible, a no ser que medie el milagro, el normal funcionamiento del orden establecido por Dios. He aquí una

²³ Cf. LCO 1 §IV

²⁴ ‘Ζωοποιόν’, ya desde san Epifanio de Salamina, en su *Ancoratus*, (a. 374)

²⁵ MR 11b.

²⁶ «Estos elementos... *constituyen* en su síntesis *la vida propia de la Orden*». Interpreto como sencillez el hecho de eludir el vocablo ‘carisma’, que, aunque destinado a la divulgación no deja de estar confinado a un uso un tanto especializado. En cambio, por la razón que venimos diciendo, para un Instituto religioso *su vida es su carisma*.



polémica afirmación, en su tiempo, de Pío XII en 1951 que nunca perderá vigencia²⁷: «Si es verdad -y lo es en sumo grado (*quod quidem verissimum est*)- que la naturaleza no se borra sino que se perfecciona por la gracia sobrenatural, el edificio de la perfección evangélica hay que construirlo *sobre (excitandum est in)* las mismas virtudes naturales». Seguiría la afirmación de la precedencia (*priusquam*) de éstas para posibilitar aquélla. Se impone, pues, la consideración de las condiciones de posibilidad de una tal espiritualidad.

3.1. Lo teológico y espiritual de la comunidad, condicionado por lo afectivo

Nos hemos preguntado un instante, sin embargo, si este derrotero que aquí iniciamos no nos sacaba del campo delimitado en el título: la experiencia espiritual. Y bien pronto nos hemos respondido que no. Las que llamamos 'condiciones de posibilidad', reductivamente se incluyen en lo posibilitado mismo. Seguimos, pues, hablando de la construcción de la comunidad como experiencia espiritual.

Pocos temas habrá en el engarce naturaleza-gracia tan sometidos a crisis en nuestro tiempo como aquellos que se sustenten sobre la afectividad y cualquiera de sus amplísimas áreas. Por lo demás, la situación nueva de reajuste de tareas, comunidades y personas²⁸, conlleva una movilidad y capacidad de adaptación a situaciones desacostumbradas y un espíritu de iniciativa que no son fáciles. Sólo si prima una espiritualidad de comunión con las características de pertenencia local, provincial y de toda la Orden, y la correspondiente flexibilidad y versatilidad, espiritual y psicológica, para las relaciones humanas puede preverse una dinámica comunitaria aceptable.

3.2. Mundo actual y afectividad

De algún modo, y es lo que aquí nos va a interesar, lo afectivo está implicado en lo simplemente relacional. Tener en cuenta al ser humano como fuente de "lazos" con terminales en los demás, basta para hacerlo sujeto de afectos. Todo lo relativo, al menos, a la caridad, la castidad y la vida de comunidad debe ser contemplado también bajo esta plataforma de lo afectivo. Aun cuando en la relación con la afectividad quepa dar en la vida consagrada un importante lugar a la relación con personas de otro sexo, nos parece reduccionismo supino el circunscribir o limitar a este tema aquel vasto campo.

Por razones que no es competencia nuestra examinar aquí ni nos interesa ahora, es ampliamente conocido y aceptado el cúmulo de problemas que, en nuestros días, se dan en el terreno afectivo²⁹. En buena medida hay no pocos condicionamientos ambientales y situaciones

²⁷ *Aloc. a Carmelitas Descalzos*, en el 25º aniv. del Colegio Internacional, 23 sept.: AAS 43 (1951) 735

²⁸ *Act. Cap. Prov.* (Caleruega 2002), nn. 73, 75, 76

²⁹ Cf. JANET B. BAVELAS - LYNN JACKSON - PAUL WATZLAWICK, *Pragmatics of Human Communication. A Study of Interactional Patterns, Pathologies and Paradoxes* (New York 1967) 54ss; JUAN ROF CARBALLO, *Violencia y ternura*, Espasa (Madrid 1991); GEORGE L. ENGEL, *Psychological Development in Health and Disease* (Philadelphia 1962). Baste recordar la creciente importancia otorgada, aproximadamente entre 1983 y 2002, a 'lo' emocional (dirección marcada por Howard Gardner - Peter Salovey y John D. Mayer - Daniel



sociales que los propician. De entre los que nos es dado conocer, no podemos dejar de enumerar, con enorme importancia, sobre todo pensando en futuros candidatos a dominicos y en el caldo de cultivo de su vocación, la situación de la pareja, el matrimonio y la familia.

a) TRAUMAS AFECTIVOS Y POSIBILIDAD DE VIDA COMÚN

Los problemas afectivos que en otro tiempo solían proceder de cierto rigorismo y de lo enervante de una vida regulada y detallista hasta el máximo³⁰, pueden tener ahora génesis distinta y más primigenia. Hoy la vida regular, en aspectos ascéticos que se vinculaban a aquel estilo, se suaviza, humaniza y adapta a situaciones nuevas; pero son la vida familiar y el ambiente social de los que los religiosos proceden, los que, con gran frecuencia, originan problemas más graves que los anteriores, por ser más radicales. Es verdad que no tienen las mismas causas, pero no se han llegado a superar las disposiciones afectivas negativas, generadoras de actitudes de repliegue, de crítica demoledora, de pesimismo a ultranza, reveladoras de una profunda insatisfacción. Ha cambiado de sitio la fuente, pero los problemas emanados persisten, quizá con más honda raíz.

Hace unos cuantos años hubo alguna conclusión científico-experimental muy rigurosa sobre el tema; además es muy probable que la vivencia más o menos larga de todo consagrado la pueda corroborar. Podríamos formularla así: «con el paso del tiempo, si no se tiene *cuidado*, en la vida de los consagrados aparecen deterioros afectivos con incidencia mayor que en la vida de los no-consagrados». A partir de la citada vivencia, analizar, matizar y argumentar sobre esta afirmación llevaría un tiempo y exigiría un espacio con el que no contamos en esta exposición. Bástenos aquí y ahora decir que nos parece que el hecho está suficientemente acogido y bien descrito en un interesantísimo párrafo de *Evangelica Testificatio*: «algunos religiosos dan la impresión de haberse quedado como apagados por su vida comunitaria, la que por el contrario hubiera debido hacerles abrirse»³¹.

Las que hace un momento hemos llamado 'disposiciones afectivas negativas' tienen siempre como primera secuela esa sensación de aplastamiento causada por la comunidad, y son inmediatas las consiguientes actitudes reactivas de cerrazón y aislamiento (por egocentrismo y egoísmo), ansiedad y rigidez, que impiden el crecimiento de la personalidad. En lugar de ayudar a los individuos a progresar en madurez y a sentirse a gusto consigo mismos, en lugar de hacer crecer su interés por los otros y su capacidad de amarles, aquel sentimiento, concentrándoles sobre sí mismos engendran tensión y empobrecen las relaciones humanas³². Todo lo cual puede

Goleman). Puede verse, entre otros varios, LUIS ROJAS MARCOS, *Las semillas de la violencia* (Madrid 1997), etc.

³⁰ Puede verse una ilustrativa descripción en M. D. ROBINSON, *Personalité et communication dans la vie religieuse*, "Le Supplément", n° 93 (mayo 1970) 226-235.

³¹ ET 39: «religiosi quidam tales apparent, ut vita sea communi *oppressi* esse videantur». Subrayamos el vocablo que nos parece excesivamente dulcificado en su traducción.

³² Hedonismo, soledad, adicciones, son, según *Act. Cap. Gral.* (Providence 2001), n. 264, las tentaciones contra la vida común. Se concreta la primera en: placer por el placer, lujo en el vestir y el comer, preocupación obsesiva y narcisista por la apariencia; la segunda en: vacío de motivaciones, desencanto, distanciamiento entre hermanos; las terceras en: alcohol, drogas, televisión, Internet. Optimo inventario,



ser tan sutil y peyorativamente sublimable, incluso -paradójicamente- so pretexto espiritual, como cada modo de ser lo requiera. De ahí la necesidad del 'cuidado' que hemos destacado más arriba.

b) LAS REHABILITACIONES AFECTIVAS: VIABILIDAD, HABILIDAD

Una precisión negativa, pero de gran interés y válida siempre, es la que propone una precaución en el terreno de la relación para la etapa de formación institucional: «... los candidatos no se decidirán ni se admitirán a la profesión de la castidad sino después de una prueba verdaderamente suficiente y con la *debida madurez psicológica y afectiva*»³³. En este texto del concilio parece admitirse la posibilidad de adquirir esa madurez. Acerca de esto se impone decir que todo dependerá de la cuantía y profundidad del trauma de origen. Si éste es muy hondo, es posible que no haya solución alguna. Fallando la urdimbre, ningún paso posterior va a ser posible. Como puede comprenderse, la gama de las diversas situaciones es poco menos que infinita.

Lo dicho en este párrafo que precede será aplicable, en todos sus aspectos, a las etapas diversas de la vida religiosa por distantes y distintas que sean de la de formación inicial.

4. Lo que cabe esperar

Se trata de mirar hacia adelante y suponer lo mejor, o sea, imaginar que se abren caminos. Vamos a referirnos a las dos perspectivas tenidas en cuenta, pero nos importa mucho subrayar que, aunque propondremos algunas pistas *para cada una* de ellas, cualquier pretendida mejora ha de tener necesariamente en cuenta ambos aspectos. Tan absolutamente inoperante y vacua será la solución puesta en práctica por una comunidad que cifre el todo de su ser y el horizonte de su progreso, como tal comunidad, exclusivamente en mejorar las relaciones humanas, como la que lo haga en sólo la comunión o la oración, y viceversa.

4.1. El combate espiritual y la oración de intercesión

Para la primera parte de estas ideas, la que se refiere a los analogados supremos de la comunidad, nada nunca ahorrará el combate espiritual³⁴, día a día. Se trata del forcejeo con la Palabra, de la agónica pugna con Dios en la contemplación. Del sencillo, constante y titánico esfuerzo por superar dificultades³⁵ y situar la vida común al nivel de las aspiraciones, nunca

puesto al día, de derivas de esas disposiciones afectivas negativas. Ver también, *id.* (Cracovia 2004), n.230, 232-236

³³ PC 12c.

³⁴ Cf. VC 38d.

³⁵ La ley de la dialéctica fue una gran intuición. Lo invade todo. Se suele hacer referencia a que la grandeza del ser humano tiene que ver con la menesterosidad y pobreza de su nacimiento, con la necesidad de superación. Bellamente enunciado por Hölderlin (*Hyperion*: «Des Herzens Woge schäumte nicht so schön empor, und würde Geist, wenn nicht der alte stumme Fels, das Schicksal, ihr



suficientemente logradas. «Cuando se olvida la dimensión mística y teologal, que la ponen en contacto con el misterio de la comunión divina presente y comunicada a la comunidad, se llega irremediabilmente a perder también las razones profundas para 'hacer comunidad', para la construcción paciente de la vida fraterna»³⁶, para «dilatar el corazón y abrirlo a la acogida del Señor y de los hermanos»³⁷.

«La comunidad religiosa es el lugar donde las grandes orientaciones se hacen operativas, gracias a la paciente y tenaz mediación cotidiana. La comunidad religiosa es la sede y el ambiente natural del proceso de crecimiento de todos, donde cada uno se hace corresponsable del crecimiento del otro. La comunidad religiosa es, además, el lugar donde día a día se nos ayuda a responder, como personas consagradas portadoras de un carisma común, a las necesidades de los más postergados y a los retos de la nueva sociedad. De ahí la constatación de que uno de los objetivos más sentidos hoy sea el integrar a personas de diversa formación y de visiones apostólicas distintas en una misma vida comunitaria, donde las diferencias no sean tanto ocasión de contraste cuanto momentos de mutuo enriquecimiento»³⁸. «La profunda comprensión del carisma lleva a una visión clara de la propia identidad, en torno a la cual es más fácil crear unidad y comunión. Es necesario cultivar la identidad carismática, incluso para evitar una creciente indiferenciación que constituye un verdadero peligro para la vitalidad de la comunidad religiosa»³⁹.

En este mismo lugar debemos aludir a una de las dimensiones de la oración que es la intercesión. En ella y por ella se establecen formas de relación únicas, tanto directamente, en el plano estrictamente horizontal, fraternal, de tú a tú, como indirectamente, en el plano vertical de relación con Dios y, a través de él, con los demás. Encontramos en *Evangelica Testificatio* (ET) una expresión magnífica, en forma de interrogante -estilo tan querido al venerado Pablo VI- que entendemos que se hace más hondamente inteligible en el supuesto de la oración. La pregunta va precedida de un breve planteamiento que bien puede ser el objetivo de toda comunidad. Dice así Pablo VI a los religiosos: «Aun siendo imperfectos como todo cristiano, os proponéis, sin embargo, crear un ambiente apto para favorecer el progreso espiritual de cada uno de los miembros. ¿Cómo se puede llegar a esto si no es ahondando en el Señor vuestras relaciones con vuestros hermanos, aún las más ordinarias?»⁴⁰. ¿Qué es exactamente *ahondar en el Señor* la relación con los demás? Suponemos que se trata de someter todas las tácticas y estrategias de la relación interpersonal a una mirada desde Dios, y hacer de esa relación y su calidad el contenido de una petición. Es ahí donde pueden iluminarse posibilidades nuevas, abrirse caminos insólitos y

entgegenstände»), y muy escuetamente en el libro de Job (7,1: «milicia es la vida del hombre sobre la tierra»).

³⁶ CN 12b

³⁷ VC 38d fin

³⁸ CN 43bcd.

³⁹ CN 46a.

⁴⁰ ET 39



descubrirse fuerzas escondidas para, una vez más o por primera vez, avanzar hacia una comunidad mejor.

4.2. Algunas actitudes para una espiritualidad de la fraternidad

Para la parte segunda, más atenta como hemos visto al lado humano de las cosas, es grande la preocupación habida y muchos los pasos dados desde hace unos cuantos años, como queda dicho. Pero, bien sea porque se partía de muy lejos, o bien porque otro estilo de vida había troquelado a las personas, lo cierto es que siguen estando en vigor numerosas recomendaciones para hacer la vida común convivencialmente más grata. Se ha hecho bastante pero no lo suficiente.

Son notables ciertos sumarios, sumamente útiles (*multum valent ad hanc cotidianae consuetudinis viam*, se dice en uno de ellos), tomados del mismo ámbito en que se plantea el problema, contenidos en algunos de los documentos mencionados. Se enumeran, por ejemplo:

- «el paciente entrenamiento y la lucha para superar la simple espontaneidad,
- la conversión de toda actitud que obstaculice la comunión»⁴¹
- «el espíritu de grupo,
- las relaciones de amistad,
- la colaboración fraterna en un mismo apostolado,
- el apoyo mutuo»⁴²,
- las relaciones menos formales
- el facilitar la acogida y la mutua comprensión.
- el descubrir el valor divino y humano del estar juntos en amistad,
- el compartir los momentos de distensión y de esparcimiento»⁴³
- el prepararse para ser 'constructores', no sólo 'consumidores' de comunidad,
- el ser responsables los unos del crecimiento de los otros,
- el estar abiertos y disponibles a recibir cada uno el don del otro,

⁴¹ CN 23.

⁴² ET 39 fin

⁴³ CC 29c



- el ser capaces de ayudar y ser ayudados, de sustituir y ser sustituidos»⁴⁴.
- «la atención recíproca que ayude a superar la soledad,
- la comunicación que contribuya a que todos se sientan corresponsables,
- el perdón que cicatrice las heridas»⁴⁵, etc.

Nada podrá sustituir, en este mismo sentido, la lectura y reflexión de las *Actas de los Capítulos Generales*. (Providence 2001), nn. 251 a 291, sobre todo 251,281 y (Cracovia 2004), nn. 220-221, 223.

5. Concluyendo

«Los criterios que no se pueden olvidar y que iluminan a las comunidades en el momento de las decisiones, a veces audaces, y motivo de sufrimiento, son los siguientes: el compromiso de salvaguardar el significado del propio carisma en un determinado ambiente, la preocupación por mantener viva una auténtica vida fraterna y la atención a las necesidades de la Iglesia particular»⁴⁶.

No debemos soñar con una Iglesia ni una vida religiosa completamente distintas de las que encontramos aquí y ahora. Vivimos un cristianismo muy secularizado, que presenta al mismo tiempo signos de una nueva vitalidad. Pero hemos de reconocer que la vida religiosa se ha extenuado internamente y que se ha vuelto tan frágil como cualquier otro aspecto de la sociedad. ¿Cómo se pudo construir en el pasado sobre la arena el hermoso y gran edificio de la vida religiosa? Mirando al futuro, el programa de acción continúa, porque ya existe: es el propio de Cristo. No se trata de aplicarlo como consigna de seguridad en situación de emergencia, sino de compartir su forma de ver las cosas, su amor, su vida, lo cual quiere decir orar al Padre, y, por Cristo, con él y en él, dejarnos guiar por el Espíritu de Dios.

Para despertar el interés de la gente tendremos que crear lugares de encuentro para los discípulos del Señor resucitado, centros de iniciativa para anunciar y compartir el amor de Cristo. Ahuyentar envidias, ambiciones, repliegues sobre sí mismas de las comunidades cristianas. Hay que tejer tramas solidarias para la humanización de la humanidad.

⁴⁴ CN 24b

⁴⁵ VC 45b

⁴⁶ CN 67



6. Bibliografía

- *Actas de Capítulos Generales* de Providence (2001) y Cracovia (2004), sobre Vida Común.
- FERRARA, RICARDO: *El misterio de Dios. Correspondencias y paradojas*. Salamanca, Sígueme, 2005.
- GRÜN, ANSELM: *El Libro del arte de Vivir*. Santander, Sal Terrae. 2003.
- HOGUE, LISE LANGEVIN: *La Comunicación: Un arte que se aprende*. Santander, Sal Terrae, 2000.
- JÄGER, WILLIGIS: *Adonde nos lleva nuestro anhelo. La mística en el siglo XXI*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 2005.
- RÉMY, JEAN: *Isabel de la Trinidad y la oración*. Santander, Sal Terrae, 2005.
- VV.AA.: *La interioridad: un paradigma emergente*. Madrid, PPC, 2004.

7. Cuestiones para el diálogo

- ¿Cómo puedes concretar la incidencia del misterio trinitario en tu vivencia de comunidad?
¿En qué sentido?
- Personal punto de vista sobre la primacía de la comunidad en la vida dominicana, hoy.
- ¿Cuál es la calidad, en tu opinión, de la interacción entre comunidad y misión?
- ¿Detectas algún influjo en la comunidad de las modalidades afectivas peculiares? ¿Has ensayado con éxito algún método de progreso comunitario?